

THE HORUS HERESY®

*Graham McNeill*

# ANGEL EXTERMINATUS

*Carne y hierro*



timunmas

THE HORUS HERESY®

ANGEL  
EXTERMINATUS

Graham McNeill

timun**mas**

Título original: *Angel Exterminatus*  
Traducción: Roser Granell Zafra y Ricardo Cebrián (Traducciones Imposibles)

Ilustración de cubierta y de la pág. 1: Neil Roberts

*Angel Exterminatus*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2012 por Black Library  
Games Workshop Limited,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK  
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2013

© De la traducción Games Workshop Limited. 2016. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
www.timunmas.com  
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0372-5  
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters  
Depósito legal: B. 7.828-2016  
Impreso en España por Romanyà Valls, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## UNO

### Belleza en la muerte Regeneración Centinelas

Un pequeño detalle, casi intrascendente, pero aun así importante. Una criatura no más grande que el pulgar de un hombre: un clado alado con un caparazón segmentado y un exoesqueleto frágil multicolor, entre castaño y rojizo. Sobre su cabeza, unas antenas como látigos saboreaban un sinfín de nuevos aromas que sazaban el aire, y se movía con inusitada lentitud a medida que un sopor tóxico se extendía por todo su cuerpo.

La criatura, una *cordatus vespidae*, se movía con paso vacilante a través del pastoso lodo bermejo de la ladera, zarandeada por las violentas columnas térmicas que echaban aire desde los montículos que se extendían por su base como una plaga virulenta. Unos vientos anabáticos constreñidos por el cielo transportaban los olores de la guerra: hierro quemado, propelentes químicos humeantes, aceites almizcleños posthumanos, lubricante y sangre.

A cualquier estudiante de xentomología le habría parecido, cuanto menos, extraño el comportamiento de este ser. Las mandíbulas con las que se alimentaba se contraían en el aire y sus patas se movían de manera espasmódica, como si lanzaran impulsos defectuosos desde su cerebro tripartito hacia los troncos nerviosos, como si sufriera una parálisis. Su colmena estaba antes situada en las trémulas ramas de un alto árbol de polonia, pero ya hacía tiempo que el fuego de artillería había reducido los terraplenes escalonados de los asentamientos agrícolas a unos terrenos baldíos sembrados de cráteres y tocones astillados.

El fuego había destruido el interior de su guarida y había matado a la reina de la colmena, aunque los restos residuales de algunas resinas con feromona excretada habían sido lo suficientemente fuertes como para guiar a la vespidae de vuelta a casa. No se sabría nunca si había sido el simple instinto o deseo de morir en su antiguo hogar lo que había llevado a la criatura a escalar las cumbres fangosas de la ladera, pero cualquiera que fuera el anhelo que la llevó a concluir su odisea ascendente iba a verse frustrado. Su cuerpo sucumbió finalmente a la toxina paralizante, inyectada con la exhaustividad de un asesino, y la vespidae dejó de trepar. Permaneció inmóvil sobre un terraplén aplanado bajo una terraza destruida de piedra reflectante. De la pared sobresalían extensiones de acero oxidadas, como dedos estirados con los extremos quemados y ennegrecidos.

La criatura parecía estar muerta, pero su abdomen y sus costados aún se retorcián. Tenía la cabeza abultada e hinchada, pues su estructura interna parecía desplazarse dentro de su propio exoesqueleto, guiada por un deseo frenético de remodelarse. Bandazos y tumbos sacudían el caparazón, una presión oscilante doblaba sus partes flexibles hacia fuera como si quisieran salir volando y abandonar aquel cuerpo moribundo. Una placa quitinosa se separó de su cuerpo y, bajo ella, se retorció una extrusión gelatinosa, parecida a un gusano, un pasajero parasitario que saciaba su hambre reciente dándose un banquete con los órganos internos de su anfitrión.

El organismo caníbal salió de su seno original y su carne empezó a endurecerse al aire libre. En un abrir y cerrar de ojos, su esqueleto, formado con tanta rapidez, pasó de translúcido a opaco, y adquirió un abanico de matices relucientes, un maravilloso derrame de colores diseñados para confundir y embrujar. Los restos rotos y resquebrajados de su huésped vespidae se partieron bajo el peso de aquella criatura que crecía, y cuya morfogénesis avanzaba a una velocidad pasmosa.

Se desplegaron unas alas finísimas de una abertura en la parte central de su cuerpo, de una longitud similar a la de las libélulas, proporcionales a su cuerpo y bordeadas por una tela membranosa de cilios. Una vez que empezó a batir sus alas, una reluciente cola segmentada dorada y azabache se desplegó bajo aquel cuco para proporcionarle una simetría perfecta.

Aunque su nacimiento había sido horrible e innecesariamente cruel, su forma final era, sin duda alguna, hermosa. Era un elegante cisne nacido de un cadáver sangriento, un recordatorio de que incluso la brutalidad más temible puede crear la belleza más perfecta.

Una bota con suela de hierro se estampó contra ella. Aplastó la criatura recién nacida contra el barro sobre el que andaba. Fue la prueba brutal, si es que alguna prueba era necesaria, de que el mundo de los seres vivos estaba desprovisto de compasión, justicia o misericordia.

El propietario de la bota, cubierto con las placas descomunales de la armadura Catafracto de exterminador, centró su mirada en la montaña envuelta de humo y en la fortaleza dorada que coronaba la cima. Sin percatarse de la vida tan pequeña que acababa de destruir, Forrix examinó los banales bombardeados de la Ciudadela Cadmeana, contemplando a regañadientes la elegancia con la que había sido incorporada a la topología local y a la ciudad adyacente. Los canteros de guerra de los Imperial Fists eran fríos y eficientes, pero su líder comprendía bien la primera máxima del vencedor: después de tus campañas, lo mejor era dejar a la gente con la sensación de no haber sido conquistada.

Era una regla a la que poco caso hacían los Iron Warriors.

«El conquistador devuelve la justicia a sus muros, así que todos deberían darle la bienvenida como a un libertador», dijo Forrix mientras echaba la vista sobre su hombro para ver el amplio valle de abajo. Unas fortificaciones con dientes de sierra rodeaban la ciudadela con capas irregulares de alambre de espino y muros combativos, que se abrían paso a golpes por la parte baja de la ciudad e irrumpían en las viviendas, la agricultura, la industria y en lugares de gran belleza natural con el mismo aplomo. Allí crecían reductos, búnkeres y torreones de paredes altas, como estalagmitas rocosas en una gruta chorreante, y una nube de humo se esparcía a baja altura sobre el polvoriento valle rojo como una mortaja.

Las zonas inferiores del promontorio, en el corazón del gran puerto estelar, estaban ahora revestidas de metal, y cada madrugada mostraban un camino metálico aún más alto con plataformas que se arrastraban cuesta arriba, como un cáncer que se propaga y asciende cada vez más y más hasta que la piel escarlata y ocre de la montaña quedó cubierta por completo. Los raíles del funicular, recién colocados, contaban con carriles forjados de gran grosor que permitirían elevar bombardas y obuses enormes a posiciones de batería, talladas en los cimientos escalonados. Hasta el momento, los Basilisk que encabezaban el tren de asedio habían respaldado la mayor parte del bombardeo, pero ya faltaba muy poco para que las armas de fuego más pesadas llegaran

lo suficientemente alto como para lanzar calderas enormes de fuertes explosivos al corazón de la ciudadela.

Y cuando eso ocurriera, sería el fin.

Ninguna fortaleza podría resistir por mucho tiempo una vez que actuaban los jefes de la artillería. Los Iron Warriors aplastarían la montaña de Dorn y borrarían cualquier rastro de la Ciudadela Cadmeana sin ser conscientes de las maravillas tecnológicas que funcionaban dentro de sus muros.

Forrix observó el avance de un grupo de ciudadanos capturados que transportaba largos rollos de cable de acero inoxidable cuesta arriba, todos sudados y ensangrentados por el esfuerzo, y dirigidos por los latigazos de Obax Zakayo. Tras ellos, unas máquinas de construcción con ganchos y extremidades arácnidas perforaban la montaña para unir su estructura con los tornillos, las sujeciones y los bornes que necesitaban los maestros de asedio, que iban detrás. El trabajo poseía una regularidad incesante y placentera, era un baile de logística, esfuerzo y planificación que solo aquellos versados en las artes de crear y demoler fortificaciones eran capaces de apreciar. Entre la brutalidad, la esclavitud, la miseria y la destrucción del paisaje existía el arte, y había una especie de belleza rara y poco valorada.

—¿Admirando tu obra de nuevo, triarca? —preguntó Barban Falk al subir al puesto de observación blindado, bajo una obra exterior en ruinas que marcaba el punto donde los Imperial Fists habían quebrado la tierra de aquel mundo por primera vez.

—No, admirando la suya —respondió él, señalando con su cabeza la parte superior de la montaña. El humo flotaba sobre la ciudadela, sus muros estaban llenos de orificios y cicatrices debido a los bombardeos, pero ya se encontraban cubiertos por un manto de mecanismos de autorreparación antiguos. Éstos provocaban torbellinos de polvo que oprimían los rayos de sol, que se mecían en la ilusión de sus escudos vacíos y lanzaban arco iris fragmentados de luz distorsionada.

—Siempre te ha gustado vivir peligrosamente, ¿verdad, Forrix? —dijo Falk, que llenó el poco espacio que había con la enorme mole de su armadura.

Forrix no tuvo que preguntarle a qué se refería.

Desde la debacle de Phall, hablar de los hijos de Dorn sin otro sentimiento que no fuera odio era solicitar un terrible castigo por parte del señor de hierro. Si hubiese sido cualquier otra persona, Forrix no habría abierto la boca, pero él confiaba en Barban Falk, en la medida en que cualquier Iron Warrior podía llegar a confiar en otro.

—Sé que piensas lo mismo —respondió.

—Cierto, pero tengo el sentido común necesario para no decirlo en voz alta.

—Siempre has sabido hacer política mejor que yo —admitió Forrix.

—Y aun así, ostentas una posición en el Tridente y cuentas con el favor del primarca.

—Muy pocos de nosotros pueden decir eso ahora —contestó Forrix, con una sinceridad que le sorprendió.

Falk se encogió de hombros, algo nada fácil vistiendo una armadura tan abultada. Las placas de su monstruosa armadura de exterminador iban adornadas de dorado y azabache, y la tersura de las pesadas hombreras con forma de bóveda de cañón contrastaba marcadamente con el estado de la armadura de Forrix, deteriorada por la guerra. En su inicio, el equipo de batalla de Falk había sido diseñado para el herrero de guerra Dantioch, de la 51.<sup>a</sup> Expedición, pero después de los tres desastres de Gholghis, Stratopolae y Krak Fiorina, se le reasignó a un portador más digno. Igual que lo de Phall, ningún Iron Warrior mencionaba ahora a Dantioch. Su legado se había borrado por completo; su nombre era sinónimo de fracaso en una escala de dimensiones épicas.

—No pretendo comprender la mente de nuestro señor, pero puedo percibir las oleadas de su ira —dijo Falk, doblando los dedos de su poderoso puño, similares a un puñado de cinceles, como si sopesara con cuidado sus próximas palabras—. Unas oleadas que crecen con más fuerza y frecuencia cada día.

—¿Cómo van los acercamientos del oeste? —demandó Forrix, reacio a hablar sobre el comentario de Falk.

Éste soltó una risa.

—¿Crees que te estoy tendiendo una trampa, Forrix? —exclamó el guerrero gigante, que se pasó una mano por el pelo, negro como el alquitrán, y estrechó sus ojos ya caídos—. ¿Piensas que pretendo provocarte para que se te vaya la lengua y así pueda informar de ello al primarca? Si tuviese sentimientos que herir, ahora mismo estarían desangrándose hasta la muerte.

Forrix dejó escapar una débil sonrisa.

—No, no pienso eso —respondió.

—Bueno, pues deberías —declaró Falk—. Te traicionaría en un abrir y cerrar de ojos si así pudiera ganarme un puesto en el Tridente. Especialmente ahora que Golg está muerto y Berossus es tan útil como un cadáver, y es poco probable que lo asciendan.

—A la próxima ultima los acercamientos del oeste y puede que se cumpla tu deseo.

Falk asintió y sacó una hoja amarillenta de pergamino enrollado del brial de cuero que llevaba atado a la cintura. Se lo entregó a Forrix, que lo abrió y examinó los diagramas de Falk.

—La operación avanza según lo previsto —explicó Falk, con evidente orgullo y una ambición jactanciosa—. Las baterías ofensivas se colocarán hoy al anochecer, y las lecturas del auspex sobre el terreno apuntan a una pared de un grosor tal que requerirá un bombardeo de dieciséis horas para abrir una brecha viable en el baluarte de la media luna.

Forrix dejó que sus ojos vagaran por las líneas entrelazadas de los planes de Falk, por los ángulos de acercamiento, los compartimentos de fuego convergentes, las zonas muertas y los reductos enfilados; admiró el despiadado diseño funcional de los planes de su compañero.

—Veo que prefieres usar cañones tormenta en lugar de baterías ofensivas —comentó.

Falk siempre había preferido la relación directa y contundente de un ataque frontal por encima de las sucesivas matemáticas de un acercamiento planeado con esmero. Mientras Forrix veía la reducción de una fortaleza como una ecuación aplicada con rigor, Falk lo veía como una batalla pugilística en la que ambos luchadores se golpeaban hasta que uno se veía obligado a rendirse.

Una forma de pensar poco conveniente, pero efectiva.

Muchos de la legión creían que éste era el único medio de hacer la guerra para los Iron Warriors, pero el señor de hierro era mucho más astuto. Las matemáticas y la aplicación precisa de la fuerza conformaban el grueso de su campaña, pero el uso feroz de la violencia resonaba en el recuerdo con más dramatismo.

—Hay cañones suficientes para derribar los muros, incluso teniendo en cuenta esos malditos mecanismos de reparación —respondió Falk—. Una vez que el muro se venga abajo, quiero suficientes guerreros en su sitio para asegurarme de que atraviesan la grieta. No esperarán un avance por el oeste.

—Hay una razón para ello —señaló Forrix—. El terreno de esa zona es más escarpado y rocoso que en las otras. No será fácil cubrir ese flanco con la rapidez suficiente para evitar que nos hagan añicos. Y si hay alguna carga sísmica, os enterrará.

—No las habrá.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—El señor de hierro afirma que no las habrá.

—¿Has hablado con el primarca? —preguntó Forrix, luchando por enmascarar los furiosos celos que estallaban en su pecho—. No ha salido de su búnker desde que tomamos tierra.

—Envía mensajes a través del Esculpido en piedra —declaró Falk, refiriéndose a Soltarn Vull Bronn, un guerrero del 45.º Gran Batallón cuyos conocimientos sobre piedras eran tales que algunos comentaban que éstas le hablaban, que le confiaban sus secretos y le ofrecían sus poderes geológicos al entrar en contacto con su pala de zapador. Perturabo, siempre presto a reconocer el talento innato, favorecía ahora a Vull Bronn, a pesar de la inferioridad de su rango frente a los tres enaltecidos herreros de guerra del Tridente que normalmente le asistían.

—¿Ha dicho algo de la III Legión?

Falk sacudió la cabeza.

—No, solo solicita que todos los hombres de Cassander estén muertos y esta ciudadela en ruinas antes de que lleguen los guerreros del Fénix.

Forrix refunfuñó, expresando con su silencio la magnitud de la valía de los Emperor's Children.

—Finalizaremos esta contienda mucho antes.

Como si recalcaran las palabras de Forrix, los redobles de tambor del fuego de artillería resonaron desde el lado opuesto de la montaña. Los dos guerreros miraron hacia arriba cuando los vientos cálidos, que azotaban la ladera de la montaña, arrastraron los ecos hasta ellos. Forrix escuchó con atención el ritmo de las armas, como un director que escucha la orquesta que está dirigiendo, e interpretó los sutiles cambios en el timbre y el tono de cada una de ellas. Se percató de la urgencia con la que disparaban y la prisa con la que cada arma liberaba su munición explosiva.

—Viene del norte —confirmó Forrix, y cogió su casco, asegurado magnéticamente a la armadura.

—Los guerreros de Harkor —respondió Falk.

—Vamos —dijo Forrix, que se giró y salió del puesto de observación.

—Eso no es fuego ofensivo —comentó Falk al llegar a la misma conclusión a la que Forrix ya había llegado.

—No —reconoció Forrix—. Ese imbécil está realizando un avance.

Dolor. Siempre acababa volviendo el dolor.

El último recuerdo que guardaba Berossus era de dolor, de cómo su vida se escapaba a través de la carne rajada de la marioneta en la que se

había convertido. Sus huesos se habían quebrado hasta tal punto que ningún apotecario podría ser capaz de unirlos de nuevo. Una fuerza sísmica le había reventado los órganos, y sentía el calor abrasador de sus carnes cuando el temible poder de su metabolismo mejorado genéticamente intentaba deshacer, en vano, la herida mortal que le habían provocado.

El dolor era intenso y nunca le había abandonado, pero la humillación de saber cómo le habían herido fue mucho peor que el propio dolor. No fue a manos de un guerrero enemigo capaz de causar daños en un posthumano diseñado para la batalla, ni a manos de una horrible criatura alienígena demasiado repulsiva y espantosa para poder vencerla.

No, este dolor lo habían provocado las manos de su primarca.

El golpe había sido rápido, demasiado rápido para esquivarlo, y demasiado exacto en su propósito de despedazarlo para que pudiera recuperarse en el futuro. Le siguió otro golpe igual de veloz, uno totalmente innecesario, pues ya estaba muerto según las medidas convencionales de la palabra. Sin embargo, la IV Legión nunca dejaba nada a medias, y el ataque de Perturabo condensó esa filosofía marcial en dos breves sacudidas.

Berossus, que se atragantaba con la sangre de su esófago destrozado y echándola a borbotones por los pulmones perforados, esperó morir del mismo modo que había vivido: amargado y sufriendo.

Había vivido así desde la guerra contra los Jueces Negros y la muchedumbre aulladora de Acusadores encapuchados que le pilló desprevenido. Individualmente, los Acusadores no eran rival para un guerrero de las Legiones Astartes, pero una docena de ellos le había rodeado, e iban armados con un mangual que podía rebanar una armadura con una facilidad letal.

Seis murieron antes de que pudieran tocarle, pero entonces sus golpes empezaron a alcanzarle, y le despedazaron poco a poco hasta que los dientes desgarradores del arma de uno llegaron a su columna. Los mató a todos con la poca fuerza que le quedaba antes de caer al suelo cuando, por fin, las piernas le fallaron. Los apotecarios le habían encontrado rodeado de aquellos cadáveres con capuchas negras y obraron milagros con sus heridas. Renovaron su cuerpo y lo fortalecieron con injertos nerviosos y augméticos, pero el dolor de aquel calvario nunca le abandonó.

No obstante, ese sufrimiento se vio eclipsado en un instante al enunciar unas palabras imprudentes. Su infortunio fue entregar malas

noticias al señor de hierro, cuyos estados de ánimo inestables habían ido empeorando progresivamente desde las masacres de Isstvan V. Sabía que las noticias no eran buenas, pero guardaba la esperanza de que su posición como herrero de guerra le mantuviera alejado de todo daño.

Una esperanza absurda, pues la ira de Perturabo caía de igual modo tanto sobre altos reyes como sobre necios.

Desde entonces, la oscuridad se había cernido sobre él.

Oyó unos murmullos, notó una luz punzante repentina y tuvo la sensación de estar flotando fuera de su cuerpo sobre un océano tenebroso. Se sintió desplazado, yendo a la deriva, y despojado de todos los puntos de referencia que había dado por sentado hasta ese momento. Berossus había intentado escuchar el latido de su corazón, pensando que, si podía aferrarse al ritmo de ese metrónomo, entonces podría tener algún modo de medir el paso del tiempo, aunque fuese algo temporal. Aun así, su corazón guardaba silencio y, sumido en aquella locura intemporal, se preguntó más de una vez si ya había muerto y estaba atrapado en algún limbo pagano. Finalmente rechazó ese pensamiento, pero volvía a menudo para atormentarle; tenía la sospecha insistente de que su vida había acabado, pero que nunca tendría fin.

Los recuerdos se intercalaron mientras flotaba entre la vida y la muerte, como un desfile de conquista al servicio del Emperador y, posteriormente, del Señor de la Guerra Horus. Vio guerras libradas bajo la lluvia roja, batallas celebradas en el seno de innumerables mundos, y ataques con los que arrancaban de cuajo la carne de los huesos de cientos de miles de adversarios. Vio guerras justas por la supervivencia de las especies libradas a la luz del sol de Terra convertidas en guerras de conquista por la presión transformadora del tiempo, que al poco se transformaron en guerras libradas por puro placer.

¿Cuándo había ocurrido eso?

¿Cómo se pudieron corromper hasta tal punto las tradiciones marciales de los Iron Warriors?

Berossus conocía muy bien la respuesta. Poco a poco, centímetro a centímetro, las guerras del Emperador habían consumido a los orgullosos guerreros de la IV Legión hasta convertirlos en poco más que máquinas fatigadas adornadas con la sangre y el fango de los mundos que habían arrastrado bajo su sumisión. Los guerreros de Perturabo habían hecho todo lo que se les había pedido, y su única recompensa

fue lanzarlos de nuevo a las mismas guerras que estaban envenenando el corazón de su legión.

Y entonces, el trago más amargo de todos...

Berossus recordó lo que Horus, el Señor de la Guerra, le había contado al señor de hierro sobre la destrucción y la pérdida de Olympia, y las nuevas de que habían soltado a los lobos de Fenris en la leal isla de Prospero.

—Usar solamente la fuerza es una solución temporal —había dicho Horus—. Puede que sirva para someter durante un tiempo, pero no elimina la necesidad de subyugar de nuevo. Y el Imperio nunca tendrá paz si debemos reconquistar una y otra vez a aquellos que ya sometimos con anterioridad. Tú, hermano mío, serás quien asegure que una sola conquista es suficiente.

Puede que las palabras del señor de la guerra tuviesen la intención de aliviar el alma torturada de Perturabo, pero una bendición tan sombría como esa solo le había hundido más en el abismo de la culpa. Lo que una vez pudo parecer la más vil de las traiciones, ahora parecía la solución más lógica, y Perturabo había reafirmado su juramento de lealtad hacia Horus.

Nadie más sabía lo que había pasado entre estos dos semidioses, pero cuando los Iron Warriors pusieron un pie en Isstvan V, lo hicieron con una furia asesina que solo podía saciarse con la sangre de aquellos a quienes una vez llamaron hermanos.

Berossus flotó entre el caos de la masacre sobre la arena negra y la alegría salvaje que le había embargado al ver la sorpresa de la traición en los rostros de color ónice de cada Salamander y las caras de piel marfileña de cada Raven Guard. Poco había visto de los Iron Hands, pues eran los guerreros del Fénix quienes se estaban divirtiendo con ellos; sus depravaciones eran indecorosas pero efectivas.

Recordó haber matado a un capitán de los Salamander de un disparo a corta distancia con su rifle de fusión, y saboreó la ironía de acabar su vida con fuego. El casco del guerrero se había derretido y había caído de su cara, dejando el cráneo expuesto y tan ennegrecido como la piel, que se había desprendido del hueso como aceite hirviendo. A medida que perdía la vida, el guerrero le maldecía entre una serie de jadeos líquidos y borbotones de espuma que no tenían ningún sentido. Había dejado que el Salamander se ahogara en su propia carne licuada, e ignoró la maldición como si fuera un vestigio de su aprendizaje en un mundo feroz de cazadores de reptiles salvajes.

Yendo a la deriva en un limbo atemporal de dolor y soledad, la visión del Salamander derretido volvió a perseguirle en sus sueños, la visión de un cráneo obscuro con unos ojos rojos como brasas, que le sondeaban con fuerza acusatoria. La calavera aulladora nunca le abandonó, se reía sin sentido, inmóvil, y presionaba su conciencia, obligándole a revivir en sus últimos momentos la agonía que había conocido.

Detrás de la calavera había otro rostro, una amarga máscara tallada en granito con ojos azules como el acero, fríos, y una voz ante la cual el resto de sonidos era simple ruido de fondo. Ésta controlaba el hueso ennegrecido del Salamander, y le contaba que Berossus no moriría como todo lo demás había muerto. Incluso en su estado incorpóreo, Berossus sabía que aquellas eran unas órdenes que no podían ser ignoradas.

El cráneo del Salamander trajo vida, pero sobre todo trajo dolor. Sus ojos rojos lo reducían a pedazos mientras declamaba recuerdos. Berossus intentó huir de sus llamadas, pero la calavera tenía más fuerza de la que a él le quedaba y estaba hambrienta de su sufrimiento.

Sintió en todo su cuerpo una sacudida de angustia que le impelió a gritar, un arrebato estremecedor de resurgimiento eléctrico, e incluso cuando confluyeron las dimensiones de espacio y forma a su alrededor profirió un rugido sobrecogedor al sentir el inmenso poder de sus extremidades.

El mundo de la oscuridad en el que había existido durante lo que le pareció una eternidad desapareció en una cascada de colores desoladores que le hicieron cerrar los ojos. Los colores se desvanecieron, pero no así su furia, y tembló al ver la calavera de ojos rojos del Salamander frente a él.

No obstante, no era un Salamander ni tampoco una calavera.

Las lentes oculares del techmarine zumbaban, eran orbes ampliados con armazones que chasqueaban y lentes giratorias de rubí montadas sobre un mecanismo protuberante de bronce y plata. Su casco era de hierro oscurecido y poseía tres brazos neumáticos que emitían silbidos y se doblaban sobre sus hombros como agujijones obedientes de metal del que goteaban unos líquidos.

—¿Quién eres? —preguntó con una voz que sonó como un ladrido amortiguado y que no era como él recordaba.

—Soy Galian Carron, y estás en mi forja de guerra—dijo el techmarine, que dio un paso atrás con cautela cuando Berossus se agitó y levantó

los grilletes irrompibles que llevaba atados. Carron le observaba desde abajo, pues Berossus era mucho más alto que el techmarine. A su alrededor había unos servidores de piel gris y unos equipos elevadores; algunos estaban delante y otros, detrás, aunque era un misterio cómo, en aquel momento, era capaz de verlos. Una multitud de acólitos vestidos con túnicas cargaban bandejas engrasadas sobre las que había una gran variedad de engranajes, herramientas y piezas de maquinaria, y se arrodillaban ante el paso de Carron: los devotos del techmarine.

No, no eran los devotos de Carron.

Eran sus propios devotos.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Berossus, que sentía cómo a su alrededor le oprimían unos muros desconocidos de hierro gélido, como un vientre que mantiene la vida y un sarcófago, todo en uno. Aquella locura claustrofóbica desplegó un tentáculo en su mente, y ésta no lo rechazó.

—Estás aquí porque el señor de hierro lo ha querido así —dijo Carron.

—Mientes —espetó Berossus, exasperado y, a su vez, esperanzado—. Él me mató.

—No, él te ha transformado.

—No lo entiendo —dijo Berossus.

—Con su propia mano te ha vuelto a crear a su imagen y semejanza —explicó Carron mientras uno de sus ruidosos brazos neumáticos se estiraba y agarraba una caja de control recubierta de goma. Al presionar un botón, los grilletes que asían las extremidades de Berossus se abrieron y el metal rechinó. Sus piernas, dos columnas gemelas de hierro, acero y músculos de fibra óptica, volvían a responder a sus órdenes, así que dio un paso pesado hacia adelante sabiendo que no iba a poder escapar de su sepultura en aquel ataúd de hierro.

Los sonidos que emitieron las pisadas con las garras abiertas resonaron con un fuerte estruendo de metal sobre metal desde las placas del suelo de la forja de guerra. Sus brazos, cargados con un martillo monumental y un cañón dotado de un pesado rotor cilíndrico, giraron al compás de sus pensamientos.

—¿Estoy vivo? —preguntó Berossus, aún sin poder creerlo.

—Mejor aún —respondió Carron—. Eres un dreadnought.

Nunca había existido la posibilidad de mantener la ciudadela, y el capitán Felix Cassander de los Imperial Fists lo sabía, pero ésa nunca había

sido la cuestión. Los Iron Warriors eran el enemigo y, aunque sus pensamientos aún dudaban ante la perspectiva de que las Legiones Astartes se enfrentaran las unas contra las otras, debían hacerles frente.

Sí, tarde o temprano la ciudadela debía caer, pero Cassander no creía en los escenarios invencibles, en la última y noble posición o en los ideales poéticos del sacrificio propio. Siempre había un modo de ganar o, al menos, una forma de engañar a la muerte, pero él mismo debía admitir que solo existía una débil esperanza de que sobrevivieran un rato más.

Cassander no era un hombre que cayera en el pesimismo con facilidad, pero le estaba costando un esfuerzo de voluntad considerable mantener sus ideas sombrías alejadas de sus pensamientos.

Una vez que los Iron Warriors superaran al fin las antiguas defensas de la ciudadela y rompieran sus muros, causarían verdaderos estragos. Matarían a sus guerreros, a los heroicos hombres y mujeres de este planeta que habían decidido permanecer a su lado, y a los refugiados de los campos de abajo. Tras los muros de la ciudadela había hacinados 52 Imperial Fists y 13 000 hombres, mujeres y niños.

Cuando llegara el fin, sus muertes no serían rápidas ni tampoco indoloras, pero nadie había hablado de rendiciones ni negociaciones, no había murmullos sediciosos que minaran la moral ni otra idea que no fuera la de resistir la invasión de esos bastardos.

Los Iron Warriors... Nuestros propios hermanos...

No existía historia alguna que contara quién había construido aquella maravilla en la cima de la montaña, aunque los ingenieros y artesanos que habían levantado sus muros vivientes debieron ser sin duda alguna las mejores mentes de su época. Levantados con piedra y roca de origen desconocido, y unidos con una tecnología cuyos secretos no podía comprender ni el mismísimo Mechanicum, sus muros reaccionaban ante los daños como si se tratase de un tejido viviente. Los impactos de los proyectiles se cubrían de una costra de silicatos líquidos y, en unos minutos, el muro volvía a estar entero de nuevo. Los daños eran solamente irreparables si se provocaban de manera constante o resultaban ser catastróficos. Los atacantes se sorprendían ante las reacciones del muro, que les lanzaba extrusiones punzantes de roca viva o se los engullía enteros al abrir bajo ellos el dique de piedra. Frente a cualquier adversario convencional, la fortaleza habría resultado inexpugnable e indestructible a todos los efectos.

No obstante, los Iron Warriors no eran adversarios convencionales.

Lord Dorn había escogido la ciudadela viviente como punto sobre el que instaurar el Aquila, no como un símbolo de supremacía imperial, sino como una sede de gobierno compartida entre todos. Había incluido a los antiguos gobernantes del planeta en la fundación de un gobierno ordenado, lo que permitió que la gente pudiera elegir a su propio gobernador planetario, un respetado líder ciudadano llamado Endric Cadmus. Cassander sonrió al recordar esto, y pensó que, a fin de cuentas, era posible que algún rasgo de la filosofía del primarca de la XIII Legión hubiera penetrado en los Imperial Fists.

En su momento, Cassander y sus compañeros Imperial Fists habían escoltado al cuerpo de expedición de iteradores y rememoradores mientras éstos iban desde las ciudades hasta los pueblos remotos difundiendo la palabra del Emperador a una gente dispuesta a abrazar la Verdad Imperial. Habían sido tiempos de gloria, y cuando lord Dorn anunció que iba a encabezar la VII Legión en las nuevas campañas, el pueblo había lamentado su partida como si hubieran perdido a un ser querido.

Recordó el orgullo que le embargó cuando el primarca le encargó el solemne deber de sobrellevar, junto con su compañía, la tarea de centinelas en el nuevo orden mundial, una importante muestra de que este mundo estaba bajo la protección de los Imperial Fists. Desgraciadamente, ese honorable gesto iba a tener consecuencias que ni lord Dorn en persona habría podido prever.

Cassander se quitó el polvo del rostro, lleno de cicatrices, y escupió una gran cantidad de sustancias repugnantes al suelo, donde burbujearon con un siseo químico. Hacía tiempo que había perdido su casco; un bólter le había golpeado la placa frontal y ésta había salido expulsada entre salpicaduras de sangre, hueso y ceramita.

El techmarine Scanion había muerto poco antes de comenzar la batalla, y, sin sus instrucciones, los servidores de la forja tenían un uso muy limitado en lo que respectaba al trabajo de reparación. Aún quedaban unos pocos adeptos del Mechanicum, pero se pasaban los días en el corazón de la ciudadela, escrutando sus secretos como si aún existiese la posibilidad de que pudieran vivir para transmitir cualquier cosa que pudiesen descubrir.

Los rasgos de Cassander estaban destrozados, como desgastados por los vientos constantes que recorrían toda la superficie lisa del planeta y le daban una textura de arena gruesa. Sus ojos, de un oscuro marrón, testigos de cómo habían desbaratado el orden de la galaxia desprovistos

de poder alguno para cambiarlo, se veían hundidos y melancólicos, y las mejillas estaban cubiertas de cicatrices ennegrecidas por el golpe explosivo del bólter que le había arrebatado el casco.

En el momento en el que llegó la orden de volver a Terra, Cassander inició los preparativos para partir inmediatamente, pero la repentina muerte del navegante de su nave los había dejado varados allí hasta que les pudiesen enviar a un sustituto. Al día siguiente, llegaron a sus oídos la traición del señor de la guerra y la masacre de Istvan V, lo que lanzó el mundo de Cassander al vacío en caída libre.

El orgullo de llevar a cabo una honorable misión fue reemplazado por la frustración y la amarga decepción de no poder luchar junto con sus hermanos, de no poder pedirle cuentas a Horus por su perfidia y castigar a aquellos que habían tirado al suelo y pisoteado su juramento de lealtad.

Sin embargo, la oportunidad de ir a la guerra contra los traicioneros aliados de Horus había llegado en el mejor momento.

Los Iron Warriors habían aterrizado tras un bombardeo de saturación que redujo a cenizas el valle y los asentamientos agrícolas que rodeaban sus fértiles deltas. Las bombas de magma y los aceleradores de masas hicieron hervir los ríos y convirtieron la tierra fértil en polvo y arena. La Ciudadela Cadmeana permaneció intacta, y Cassander seguía incapaz de creer que un bombardeo con tal nivel de precisión fuera posible de realizar.

Aunque, obviamente, sabía por qué.

Los Iron Warriors no podían dejar pasar la oportunidad de humillar a los Sons of Dorn. Cassander había movilizado a sus hombres con una certeza lúgubre cuando los pesados transbordadores de la IV Legión habían descendido sobre columnas imponentes de luz ígnea.

El ingenio tecnológico de los constructores de aquella antigua fortaleza, unido a la geografía moldeada con gran agudeza y al valor de sus defensores, había conseguido mantener a raya a los Iron Warriors durante casi tres meses, pero ahora la rebeldía de Cassander se estaba agotando casi por completo. Con tres cuartas partes de su compañía muertas, y miles de soldados asesinados, se estaba quedando sin medios para luchar. En la ciudadela quedaban pocas armas pesadas para evitar que los Iron Warriors demostraran su superioridad armamentística y abrumaran los mecanismos de defensa incorporados en los muros.

No iban a poder rechazar los ataques de los traidores por mucho tiempo, pero cada día que los guerreros de Cassander se mantenían vivos

conseguían evitar que el enemigo se redistribuyera y dirigiera su fuerza en otra dirección.

Era una medida de éxito miserable, pero era lo único que le quedaba a Cassander.

Se sacudió el pesimismo, y pensó que no se había convertido en guerrero de los Imperial Fists para revolcarse en la autocompasión, así que se dirigió hacia el extremo más septentrional del bastión. Hubo un momento en el que sus relucientes contrafuertes habían sido un orgulloso ejemplo del arte de la ingeniería militar. Ahora, iban a convertirse en escombros pulverizados. Locris y Kastor se agacharon tras los pedazos más grandes de roca polvorienta, dos gigantes dorados en medio de cientos de milicianos locales vestidos de ocre. Cassander había dividido a los pocos componentes que quedaban de su pelotón. Desplegó a sus hombres por toda la defensa para fortalecer cada sección de muro y prestarles fuerzas y ánimos a los miles de soldados que luchaban a su lado.

El cielo brilló con impactos convulsos que doblegaban el aire con su fuerza. Unos fuertes explosivos con trayectoria balística centellearon y chirriaron cuando la violencia del impacto se disipó en la penumbra del vacío. Los escudos del flanco sur estaban a punto de fallar, pero afortunadamente el enemigo no estaba concentrando sus ataques en esa zona.

Locris miró hacia arriba mientras Cassander se arrodillaba al socaire de la muralla, y Kastor asintió con la cabeza hacia él, a modo de respuesta.

—Hoy están eufóricos—dijo Kastor cuando una detonación atronadora sacudió la base del muro. Unos amortiguadores cinéticos transfirieron la fuerza de la explosión hacia los más profundos cimientos de la montaña, y, de las costras de silicato que se formaban sobre los cráteres, emanaba el olor de virutas de metal y secreciones de aceite. Cayeron sobre los baluartes unos trozos de piedra que cubrieron de polvo rojo la larga fila de soldados.

—Demasiado eufóricos—asintió Locris—. Está pasando algo, el ritmo ha cambiado.

Al igual que Cassander, Locris iba con la cabeza al descubierto; el mismo fragmento de metralla que había partido su casco de batalla en dos le había dibujado una larga cicatriz sobre la mejilla y le había arrebatado el ojo izquierdo. La cicatriz le daba un aspecto malicioso, y el ojo, un aire de pirata. Debía vengarse por ambas heridas.

La placa pectoral, las hombreras y los antebrazos de la armadura de Kastor estaban chamuscados. La tormenta de fuego que provocó un proyectil incendiario había desconchado la pintura de sus placas cuando él escudaba con su cuerpo a un grupo de soldados heridos.

—¿Qué opina, capitán? ¿El enterrador? —preguntó Kastor.

—Ya te lo he dicho antes, el escuadrón de Symeon ha encontrado hoy al enterrador en el este —comentó Locris—. Más bien parecen los hombres del peleón.

Cassander apretó la empuñadura de su espada y echó un vistazo a través de una grieta del baluarte, donde las redes de tejido conectivo de la roca habían fallado, y vio la avalancha de placas de hierro pulido que subían cuesta arriba envuelta en una neblina de polvo. Rodeados de humo, los nidos de artillería de las baterías resguardadas allí abajo arrojaban proyectiles de alta velocidad por delante de los Iron Warriors que trepaban, mientras los cañones móviles, montados sobre plataformas andadoras, luchaban por seguir el ritmo de la fuerza de asalto. Este nuevo ataque era un saludo para recordar que los hijos de Perturabo eran, ante todo, guerreros, y luego, especialistas en asaltos. Cassander observó sus movimientos, fluidos y agresivos, disciplinados y, aun así, guiados por una profunda ira.

¿De dónde provenía un odio tan crudo como aquél?

Para distinguir los destacamentos de Iron Warriors, les dieron a sus comandantes apelativos despectivos basados en sus características más evidentes. Los hombres del enterrador eran paleadores con la espalda encorvada, metódicos, precisos y pródigos en sus trabajos; el enfermo guardaba a sus hombres en las trincheras mientras su artillería lanzaba toneladas de munición sobre la ciudadela; al mirón le gustaba observar cómo se desarrollaba todo desde un fortín coronado de pinchos, situado en el centro del valle.

—Creo que tienes razón, Locris —dijo Cassander.

Al contrario que sus compañeros comandantes, al peleón le gustaba lanzar a sus hombres contra los muros si se le presentaba la más mínima oportunidad de asalto. Mientras otros Iron Warriors desplegaban alguna medida de precaución frente a las defensas de la ciudadela y procuraban actuar con cierto cuidado, es decir, procedían con la metodología gradual típica de una guerra de asedio, al peleón le encantaba que sus legionarios sangraran en el agitado crisol de la batalla.

Cassander retrocedió para ponerse a cubierto cuando una posta maciza y ruidosa pasó por encima de su cabeza.

—Supongo que nos lo hace más fácil —apuntó Kastor—. La disciplina de ataque de sus hombres no vale absolutamente nada.

—Tal vez no, pero son combatientes fuertes —replicó Cassander—. Les hemos puesto nombres ofensivos, pero no los subestiméis ni por un segundo.

—Tomo nota, capitán —respondió Kastor, que colocó un puño en el centro de la coraza quemada.

Locris cogió un detonador con mucho cuidado y dijo:

—¿Quiere hacer usted los honores, capitán?

Cassander se arriesgó a echar otro vistazo por la muralla mientras las piezas de artillería de la ciudadela se abrían frente al avance de los Iron Warriors. Por sí solos, aquellos cañones no iban a ser capaces ni de hacer una mella en aquella fuerza de asalto, pero incluso la más mínima baja en sus filas seguía siendo una buena noticia.

—Hazlo tú —le indicó—. Te lo has ganado con creces.

Locris sonrió y apretó con fuerza el gatillo, detonando así la última mina sísmica que había enterrada en la ladera norte, justo delante del ataque de los Iron Warriors. Las brutales sacudidas de las ondas de choque tectónicas rompieron un fragmento de la montaña de trescientos metros y lo mandaron cuesta abajo en un torbellino de roca pulverizada.

Cassander disfrutó del panorama, un montón de cuerpos abiertos por la mitad arrastrados ladera abajo en medio de una violenta avalancha, y apretó en su garganta el botón del comunicador que le habían prestado.

—A todos los Fists, ¿algún movimiento en vuestro sector?

Todos y cada uno de los líderes de su sección respondieron con una negativa, lo que le confirmó la creciente certeza de que había sido el peleón quien había dirigido el último intento de romper la ciudadela mediante un asalto sorpresa. El ritmo de aquel duelo de artillería desigual volvió a retomarse a medida que los Iron Warriors trepaban a través de la profunda depresión que las minas sísmicas habían tallado, acercándose cada vez más.

—Symeon, Esdras, Phynos —dijo Cassander por el micrófono de la garganta—. Colocad a vuestros hombres en el bastión norte inmediatamente.

La artillería del enemigo cambió de objetivo cuando los Iron Warriors cubrieron los últimos cien metros que había entre ellos y el muro. Unos proyectiles aullaron en su trayectoria de vuelo directa y se estrellaron contra el muro con un estruendo de martillazos que

sacudió los cimientos de la propia montaña. Una onda de presión del impacto hizo saltar el muro por los aires, y el calor de las bombas incendiarias quemó las costras de silicato, que intentaban resistir aquellas detonaciones.

Cassander supo que aquella era la última oportunidad que tendría de hablar claro con la fuerza de asalto antes de que los Iron Warriors se lanzaran contra las defensas.

—Esperad a que alcancen los marcadores más cercanos —ordenó, gritando para que pudieran oírle desde un extremo a otro de las salas de entrenamiento de la *Phalanx*—. ¡Haced que cada disparo cuente o no serán los críos de Perturabo vuestra máxima preocupación!